te al mismo, Ortega defenderá durante todos estos años críticos del régimen de la Restauración una "acción normal del Parlamento", pues éste es el centro político en el que intercambiar opiniones y llegar a acuerdos.

Francisco José Martín nos ha dado la oportunidad de leer o releer una obra fundamental de Ortega desde la perspectiva del siglo XXI. No queda sino agradecérselo y recomendar la lectura del libro.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ORTEGA PARA FRANCESES

PIERRE, Christian y LORVELLEC, Yves: *Ortega y Gasset: l'exigence de la vérité*. París: Editions Michalon, 2001. 121 p.

ORCID: 0000-0001-7466-5193
JUAN PADILLA

Lo primero que cabe decir de este breve libro (121 páginas) es que es lo que quiere ser; es que cumple su propósito. Frente a tantos libros pretenciosos y pedantes, el libro escrito por Yves Lorvellec y Christian Pierre satisface con competencia su modesta aspiración: ser una "lectura de algunos textos de Ortega" (p. 12), una "breve presentación" (p. 103) de su pensamiento. Pero esta modestia no le quita interés al libro.

Son ambos autores profesores de filosofía y buenos conocedores de la obra de Ortega. Traductores los dos de sus obras al francés, en particular de las *Oeuvres complètes* editadas en París desde 1988 y que distan mucho, por cierto, de cumplir lo que anuncia su título. Aunque sólo dispusiéramos de los elementos de juicio que el libro nos brinda, nos bastarían estos para reconocer su buen entendimiento y competencia.

El libro es interesante, digo, y lo es tanto por lo que dice como por lo que "sub-dice" o supone. Es un texto –por lo indicado puede ya imaginarse– de carácter expositivo y divulgativo; para remediar las connotaciones peyorativas que suele tener el término entre entendidos, podemos decir que se trata de alta divulgación. El mismo título de la colección en que aparece, "Le bien *commun*" –con el *commun* subrayado, sospecho que por referencia a Europa– lo enmarca ya en una intención de transmisión y difusión cultural; nos hace pensar en la *commonwealth*. Repasando los títulos de la colección, se observa su particular atención a lo que podríamos llamar la filosofía política y del derecho. Y, en efecto, en la exposición del pensamiento de Ortega que hacen Lorvellec y Pierre se destacan especialmente los aspectos sociopolíticos. No se pretende que la exposición del pensamiento de Ortega sea completa; falta enteramente, por ejemplo, toda referencia a su importantísima doctrina estética. Y si se tratan sus aspectos metafísicos es porque se consideran imprescindibles para entender su filosofía política –cosa que, además de inteligente, es sumamente significativa–.

Cómo citar este artículo:
Padilla, J. (2002). Ortega para franceses. Reseña de "Ortega y Gasset: l'exigence de la vérité" de Christian Pierre e Yves Lorvellec. *Revista de Estudios Orteguianos*, (4), 203-206.
https://doi.org/10.63487/reo.772

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Quizá por eso el esquema del libro resulta algo confuso y no se termina de ver su justificación. Tiene tres capítulos. El primero, dedicado al "compromiso intelectual" (*L'engagement intellectuel*). El segundo –el propiamente metafísico–, dedicado a exponer el sentido del reconocimiento de la vida humana como realidad radical (*Une philosophie de la vie*). Y el tercero, titulado *La société, la politique, l'histoire*, en el que se exponen, en buen orden, las ideas sociales, políticas e históricas de Ortega. La exposición se hace con inteligencia, agilidad y pulcritud. Señalaré lo que me parece interesante, acertado o no, desde la perspectiva de los estudios orteguianos en España.

Primera observación: no se considera necesaria la más mínima presentación de la figura de Ortega; en Francia... Directamente se entra en materia, dando por supuesto que el lector francés posee las coordenadas suficientes para situarlo, lo que parece indicar cierta vigencia de su obra.

Hay dos notas que, desde las primeras páginas y a lo largo de los tres capítulos, se repiten regularmente en la presentación de la doctrina de Ortega; dos notas afirmadas muchas veces en España, y no menos veces negadas: su precocidad y su originalidad. No me refiero ahora a su precocidad biográfica, sino a la precocidad histórica de su filosofía. En la página 29, por ejemplo, los autores señalan como sumamente notable su precoz diagnóstico de la experiencia soviética. "Afirmar en 1927 que la solución soviética es históricamente nula y sin porvenir a largo plazo", dicen, "es algo que propiamente no tiene sentido para los oídos franceses, no sólo en esta época, sino incluso durante las tres primeras décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial". Y otro tanto habría que decir de sus certeros y tempranos análisis del fascismo italiano (pp. 34 ss.), que se remontan a 1925. Más aún, como planteamiento metafísico, el evidente parentesco de la filosofía orteguiana con las grandes filosofías de la existencia, dicen Lorvellec y Pierre, "no debe hacernos olvidar la indiscutible anterioridad cronológica de Ortega, que expone su descubrimiento fundamental ya en las *Meditaciones del Quijote*, es decir en 1914" (p. 75).

En cuanto a la originalidad, y dado que el interés de los autores se centra en la actitud política de Ortega, encontramos por ejemplo que subrayan la diferencia entre su compromiso político y el *engagement* habitual entre los intelectuales franceses de su época. Ortega, dicen, "está directamente comprometido en la acción política y en la vida pública, mucho más que la mayor parte de los grandes intelectuales franceses de su generación [...] Ninguno de los intelectuales 'comprometidos' en Francia tuvo tal irradiación pública. Pero hay que subrayar más aún la diferencia entre la implicación real de Ortega en la vida política y el compromiso a la francesa, que es por lo general cosa de intelectuales situados fuera de la vida política, de los que Zola es sin duda el primer y más típico representante" (pp. 12-13). Sin embargo, y esto me parece un reconocimiento esencial, Ortega actúa en la política española, no como "hombre de partido", sino desde la filosofía; por eso puede actuar de manera original. Ortega "ve más allá porque ve

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

claramente", dicen (p. 29). Interviene en la política, no por intereses personales o de grupo, sino desde un afán de verdad (no otra cosa significa "filosofía"), de verdad política (el título del libro, a este respecto, es sumamente significativo); y una verdad que no es apriorística y especulativa, como suele acontecer con las doctrinas políticas bajo la advocación de Hegel: "No es la doctrina filosófica, la lejana teoría a la que se remite explícitamente el político, la que confiere verdad a la política; al contrario, es la efectividad de la política la que permite juzgar la teoría explícita, que puede no ser sino una mentira piadosa" (p. 30).

Otro tanto se podría decir sobre la originalidad que Lorvellec y Pierre reconocen a las teorías de Ortega sobre el hecho social (cfr. p. 95-100). Y sobre la historia: "La originalidad de Ortega en este punto está en que no es la pura teoría la que puede decirnos lo que debe ser el porvenir, la que puede dictar el sentido de la historia" (p. 39); desde sus planteamientos es dudoso incluso que se pueda hablar de *sentido* de la historia, por lo menos del modo que venía haciéndolo la filosofía de la historia (cfr. p. 116). Pero ahora me interesa más subrayar una tercera nota, ya apuntada, esencial, y que queda subrayada enérgicamente en el libro. La raíz filosófica, a última hora metafísica de toda la obra orteguiana. Si las otras dos notas han sido afirmadas o negadas según los casos, encontramos que esta última ha sido sistemáticamente ignorada por muchos, durante mucho tiempo. Por eso complace tan resuelta afirmación, y precisamente en un libro interesado principalmente por su pensamiento político. Ni por un momento se alude a su supuesta no condición de filósofo, ni a la absurda idea de que su brillantez literaria encubra una falta de sustancia filosófica –no digamos ya metafísica–, que pudieron pasar en otras épocas por auténticos lugares comunes.

Ya aludí a la extrañeza que produce el esquema del libro. Me parece un acierto, en cualquier caso, la introducción, aunque sea intempestiva, del capítulo sobre la "filosofía de la vida". Y me parece también acertado, en general, el modo de exponer la doctrina. Sin embargo, después de la exposición pulcra, clara y suficientemente matizada de lo que es y el alcance que tiene en Ortega la idea de la vida humana como raíz metafísica, y de indagar en la originalidad que supone hablar de "categorías de la vida" frente a las antiguas "categorías del ser", nos encontramos algo en el tercer capítulo que parece primero un desliz, pero que acaba no siéndolo, y que revela, a mi juicio, una fundamental incomprensión de la idea orteguiana de la vida humana. Cuando empezamos plácidamente a leer la página 94, donde se inicia el epígrafe titulado *El descubrimiento del otro*, nos sorprende el siguiente arranque: "*La réalité radicale que je suis*, rencontre, dans ce qui l'entoure, quelque chose qui..."[1]; "la realidad radical que soy yo"; la expresión nos choca, pero seguimos adelante; nos parece un desliz. Sin embargo, unas líneas más abajo volvemos a encontrar una frase chirriante: "Hay que precisar no obstante que este otro no es una realidad radical en el mismo sentido que yo". Y

[1] El subrayado es mío.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

en páginas posteriores se suceden expresiones de este tenor: "La misma definición de la realidad radical como uno mismo (*comme étant le* soi) tiene como consecuencia lógica..." (p. 97); "Una vez que se ha comprendido que la realidad primera es la irreductible subjetividad del individuo..." (p. 98). Estas expresiones no chocarían si antes no se hubiera descrito inteligentemente la vida como la relación que tengo con el mundo, que cada cual tiene con el mundo; y el mundo mismo, mi mundo, ante todo como repertorio de posibilidades. Las posibilidades, el mundo mismo en definitiva, la circunstancia, forma parte de mi vida con tanto derecho, tan originariamente, como yo mismo. Mi vida no soy yo, ni es subjetividad. Cuando creíamos que había quedado claro, recaemos en el malentendido. El *cogito* cartesiano destiñe así en la innovación metafísica de Ortega. Y lo que creíamos un desliz verbal acaba pareciendo algo más grave.

Se le podrían achacar como defectos, muchas de las cosas que el libro no tiene; pero tampoco quiere tener. No sería justo. Más justo me parece reconocer, y agradecer, la multitud de defectos que no tiene, y que podría tener. Pese a su carácter expositivo, por ejemplo, no es un rosario de citas mejor o peor engarzadas; se lee con gusto y, lo que es más importante, transmite el gusto y el interés por el pensamiento de Ortega. Otro acierto: la mínima bibliografía seleccionada nos parece útil y adecuada, por su calidad y representatividad. Otra nota de interés: para un lector español es sumamente instructivo encontrar los vocablos españoles intraducibles que a menudo expresan ideas nucleares y sutiles del pensamiento de Ortega –especialmente porque ese lector español vive, como cualquier otro lector actual, inmerso en el mundo de la traducción simultánea, apoyado en el supuesto no demostrado de la traducibilidad universal. Nos encontramos así con palabras como "dubitable", "existencia", "haber", "futurición", "quehacer", "comprometerse", "vigencia", "coetaneidad", de inexacta transposición al francés, en este caso, y que los autores, avezados traductores de Ortega, convenientemente señalan.

El breve epílogo, de una página, no tiene desperdicio. Tentaciones tengo de reproducirlo casi íntegro. No caeré en ellas. Pero no me resisto a citar estas líneas: "Nadie puede valorar la influencia de un intelectual. Pero podemos estar seguros de que los que orientan la opinión pública, la opinión pública misma, no han sido indiferentes a las ideas eje de Ortega. Sólo fueron ideas, *vox clamantis in desierto*, la voz de un intelectual de buena raza, que pretendía simplemente no mentir. Fue a veces mal entendida, cuando era utilizada con un espíritu partidista. Para la *intelligentsia* francesa Ortega ha sido durante mucho tiempo un tipo de intelectual inasimilable. Por delante, indudablemente, no de la historia, sino de la interpretación que se hacía de ella generalmente. [...] La historia es lenta. Los tiempos históricos son largos y el futuro es más vasto que nuestro pasado inmediato. Ortega es un hombre auroral, como él mismo dice. Un hombre que despierta".

Se echan de menos en España obras como esta: con pocas pretensiones y mucho acierto.